

aquella en la extenuación, y son, no obstante, incompletos los esfuerzos que hace. Trepa, se agita, gime, y, no obstante sus afanes, no alcanza lo que podría fácilmente obtener, pues considera indigna de sí la sumisión á Dios, condición necesaria de salvación para ella. La obediencia y la humildad le parecen demasiado precio para la vida.

En tales condiciones, sólo faltaba que Dios abandonara la humanidad á sí misma. Si el enfermo no quiere vivir, de nada le sirve el talento del médico. No se exige mucho al enfermo con fiebre; pero es indispensable que con su confianza facilite los cuidados del médico y se someta dócilmente á sus órdenes; si aquél no puede obtener esto siquiera, debe retirarse, pues de otro modo comprometería su honor y su reputación; de esa manera, Dios, cuando los hombres menospreciaron sus palabras, debió dejarlos seguir los insensatos caprichos de su espíritu y los malos apetitos de su corazón. Eran libres de proceder como quisieran ⁽¹⁾ y de procurar labrarse su propia felicidad.

5. Inutilidad de los esfuerzos que hacen los hombres para embellecer la existencia y convertirla en agradable.—Quien se proponga castigar al hombre por su obstinación, nada tiene que hacer sino dejarle proceder conforme á su propia voluntad. Si se pretende confundir por la humillación su orgullo y su rebeldía, lo mejor es abandonarle á su prudencia y á sus fuerzas. La humanidad hizo también esa experiencia. Rechazó al médico que deseaba curarla, al único que podía prestarle auxilio; al declarar aquél la gravedad de la dolencia, hirió su orgullo; no podía admitir que fuese tan peligrosa como le decía. Creía sufrir una simple indisposición, y que pasaría su mal sin intervención del médico; podía curarse por sí misma. Pero el médico era experto, y había acertado; humores corrompidos empezaron á rezumar por todos los poros; el enfermo veía aumentar diariamente su mal.

Pero la necesidad aguza el ingenio. El sentimiento del dolor y la vergüenza le sugerían de continuo nuevos me-

(1) Ps., LXXX, 12, 13. Rom., I, 28. Act. Ap., XIV, 15.

dios de embellecer el aspecto de su existencia y hacerla más tolerable. Tal es, según el testimonio de la historia, el origen de esas invenciones y de esas artes que se multiplicaban, sólo para ocultar el verdadero estado interior de la humanidad y dulcificar la amargura de sus sufrimientos.

Pero mucho se engañaba, si creía de ese modo velar la corrupción que en su interior había penetrado; más que nadie, juzga conveniente adornarse el que en definitiva se atreve menos á mostrarse tal como es en realidad; pero el tosco ánimo del hombre se revela siempre, aunque use un bello disfraz. La elegancia, la distinción en los modales hacen que más dolorosamente se advierta la completa carencia de nobleza en el corazón; sólo sirven para hacer más seductora la escondida perversidad del alma. Lo mismo puede decirse respecto á la historia general de la civilización. No puede negarse que el arte, la poesía, todos los inventos á que ordinariamente se llama civilización, prosperaron precisamente en pueblos y épocas en que la sensualidad y el apego á las cosas del mundo estaban en todo su florecimiento; pero hemos visto que eso era un mal argumento para negar la interior perversidad del corazón. No era en definitiva otra cosa que un medio muy eficaz de presentar con halagüeños colores y hacer contagiosa la enfermedad que en el fondo se ocultaba.

La humanidad se engañaba también cuando creía encontrar la salud, ó por lo menos alivio, en los inventos debidos á su arte y á su sabiduría. Mirándose al espejo un tísico, se forjará tal vez ilusiones, gracias á los afeites con que embellece sus mejillas hundidas, y creerá que ha de vivir muchos años; pero están contados sus días. El enfermo atacado de fiebre, que no puede permanecer en el lecho por la interior agitación que le devora, tal vez espere mejorar cambiando de aires, ó buscando la conversación y el trato social, pero dondequiera que vaya, llevará su enfermedad consigo. Así los hombres se afanaron mucho para lograr que desapareciese su enfermizo estado, em-

bellecando la vida y entregándose á los placeres. Pero ¿de qué les sirvió el orgullo por sus progresos científicos? ¿Qué utilidad hallaron en el florecimiento de las riquezas y de las bellas artes? Se fatigaron en las vías de la iniquidad y de la perdición. ⁽¹⁾ En último resultado, llegaron tan sólo á hacer la experiencia de que les era tanto más amarga la miseria, cuanto más delicado se había hecho su gusto artístico, y que buscaban afanados la muerte en el error, y en lo mismo con que trataban de hacer la vida agradable. ⁽²⁾ Es una verdad triste, pero lo es más aún la palabra de la verdad eterna: los pueblos se afanarán en vano, y sus trabajos serán inútiles y para el fuego. ⁽³⁾

6. La humanidad aprende á pedir auxilio y á buscar el verdadero médico.—Setecientos años antes de Jesucristo, cuando el mundo alimentaba todavía las ilusiones de la juventud sin experiencia, uno de los más insignes representantes de la filosofía de la historia, el profeta Isaías, dirigió á la humanidad esta advertencia: «Trabajaste en tus numerosas vías, y no has dicho: cesaré. Has procurado vivir por ti misma, por eso no has orado». ⁽⁴⁾

Entonces era demasiado pronto; el mundo no le creyó, y prefirió fiarse al acaso.

Pero á aquellas palabras, como á todas las que proceden de la verdad, les llegó el tiempo de hacerse efectivas. No es mucho el vigor del hombre, aun estando en buena salud; es menos todavía el del enfermo. El mundo había creído no necesitar auxilio, pero pronto le abandonaron sus fuerzas. Por fin el hombre aprendió á orar implorando auxilio.

Mas ya conocemos al hombre. Si alguna vez necesita de médico, éste debe ser conforme á sus gustos. Antes de dirigirse á quien podría curarle, deja que cualquier charlatán

(1) Sap., V, 8, 7.

(2) Sap., I, 12.

(3) Jerem., LI, 58. Hab., II, 13.

(4) Is., LVII, 10.

le deteriore lo que en él había sano todavía. En el caso presente, se comprende eso por dos razones; el médico era nada menos que el Dios vivo; pero el enfermo pensaba con terror en su nombre y en su presencia, pues precisamente se había atraído sus desgracias pecando contra él. No obstante este delito, ese Dios se había ofrecido desde hacía mucho tiempo para curarle; pero el orgullo del enfermo le había rechazado. Y ahora: ¿tendría que pedir auxilio al mismo á quien había herido? ¡Nunca! Todavía hay otros médicos, se dijo; hagamos la prueba con ellos.

Había, en efecto, bastantes médicos. Llegó una turba de ellos, trayendo cada cual su remedio. El uno curaba con el fuego, el otro con el hierro, el de más allá con sutil veneno. Todos estaban de acuerdo en escoger el remedio más doloroso, y en tratar al enfermo con tanto desdén y falta de consideración, que no se trataría peor á un facineroso condenado á muerte y en el que se quisiera ensayar el efecto de medicamentos nuevos. No respetaron su pudor ni su debilidad. Y cuando después de su tratamiento, por no decir mal tratamiento, reclamaron un salario de sangre—que en eso estuvieron unánimes—desaparecieron, dejando al enfermo abandonado á su desgracia. Estaba un grado más próximo á la muerte y se había enriquecido con una decepción.

¿A quién se dirigirá ahora? Probó con todos los médicos, pidió auxilio á filósofos, á tiranos, á legisladores, á guerreros; pero cuantos intentaron la curación, no hicieron más que empeorarlo. ¿Tendrá que desesperar ya? ¿Deberá, reprimiendo su orgullo y confundido, volverse suplicante hacia el único médico de quien se alejó con desden? Más si desespera, es segura la muerte, ⁽¹⁾ y esto precisamente es lo que quiere evitar.

Ese temor á la muerte es también un resto de antiguos y mejores días que hasta entonces no había comprendido. Esta impotencia para aniquilar toda su naturaleza con todos los instintos que había conservado de

(1) S. Agustín, *In ps. 50, en. 8.*

otro tiempo, le parecieron antes en su orgullo intolerable tormento. No lo comprende aún, pero siente ya que en ello precisamente está el asidero para su salvación. Triste es que hayan llegado á tal extremo las cosas; pero ¡si á lo menos ese último remedio tuviese alguna eficacia!

De ese modo, fué para el hombre principio de salud el miedo á la ruina completa. Si posible fuese, preferiría la muerte á la vergüenza y á la humillación á que debe someterse ahora, si quiere salvarse. Felizmente para él, entre el pecado y la desesperación está el declararse inhábil; esa idea le impide hacer incurable el pecado con la desesperación.

7. Lo que en definitiva impulsó á la humanidad hacia Dios.—Saber que es incurable un mal, resulta más terrible que ver la muerte ante sí; una muerte pronta es un beneficio, si se la compara con una consunción sin esperanza.

El hombre estaba en una vía excelente para dejar que el pecado, mediante la impenitencia, se hiciese incurable. Él mismo no comprendía eso, pero se encontraba en tal condición, que la muerte era más deseable que la vida.

La enfermedad del suicidio, que amenazaba de muerte á la humanidad, le hizo al fin presentir el peligro de su situación. El hombre se resigna á la muerte, pero no á considerarse como absolutamente incurable.

Así cobró ánimos. El hombre, se decía, no puede ser incurable. No, Dios hace curables á los pueblos; nos lo declaran la razón y la naturaleza; la Sagrada Escritura también lo dice. ⁽¹⁾

El hombre se engañaba creyendo ser tan difícil curarse á sí mismo, toda vez que la naturaleza nos da fuerzas suficientes, si queremos dejarnos curar. ⁽²⁾ Pero después de haberla dejado enfermar tan gravemente, ¿cómo puede tener la fuerza necesaria para sanar nuestra dolencia?

(1) Sap., I, 14.

(2) J. H. Fichte, *Ethik*, II, 2, 494.

En cuanto á la esperanza de ser curado por aquellos que tienen la misma naturaleza y las mismas debilidades que nosotros, basta para destruirla echarnos una mirada á nosotros y á nuestros semejantes. ¿Cómo obtendremos jamás un auxilio eficaz de hombres que no pueden, como nosotros tampoco, auxiliarse á sí mismos? Es un hermoso pensamiento aquel de que los hombres constituyen una magnífica colectividad. Lo que nos infundé valor en las horas de extremada miseria y desamparo, es la consideración de que somos individualidades de un todo, en el que cada uno tiene parte en la falta y en la penitencia comunes, y que, de ese modo, puede expiar, cada cual por sí, y reivindicar, de los méritos de la totalidad, lo que por sí sólo no es capaz de hacer.

Pero estas son ideas que únicamente la Revelación dió á conocer. En la antigüedad, nadie sabía dónde buscar auxilio, ni pensaba en eso. Sufre tu suerte; no te es lícito tenerla mejor que los demás: tal era el consuelo que sabían dar en aquella época. Añadir á sus propias penalidades las de los demás, era cuanto los paganos sabían acerca de la solidaridad del género humano. La curación por medio de los hombres es imposible, ⁽¹⁾ decía uno de sus poetas.

El enfermo acabó por comprenderlo. La aflicción despertó al entendimiento. ⁽²⁾ Si tan largo tiempo le tuvo dormido, era únicamente para prescindir del que se hallaba siempre á su lado. Estaba abandonado por todos los que habían tratado de curarle sin tener misión para ello, de todos los falsos amigos, de todos los médicos ineptos que le habían engañado hasta entonces, y le dejaban entregado á su triste destino cuando le creían ya próximo á la muerte. Únicamente permanecía allí siempre fiel, aquel á quien jamás había querido admitir.

Estaba vencida la obstinación del enfermo; no podía resistir á tanta miseria, y á tanto amor de parte de Dios. ¡Ah! Si todavía hay auxilio para mí, en ti solamente está.

(1) Menander, *Sacerdos frag.*, I (Didot, p. 24).

(2) Is., XXVIII, 19.

Todos los míos me han abandonado; me engañaron; se burlaron de mí. ¿Qué me queda ya sino tú? Señor, sálvame, porque perezco. ⁽¹⁾ Vuelvo mis ojos á ti que reinas en el cielo. Mi alma está llena de angustia. ⁽²⁾ Haz de mí lo que quieras con tal que encuentre la salvación.

8. La salvación no era posible, sino por la efusión de sangre humana de Dios.—Aquella súplica era lo que esperaba la misericordia de Dios hacía ya siglos. No habrían ocurrido todos esos males, si el hombre, confesándose pobre pecador, se hubiera postrado á los pies del único médico capaz de curarle. Habría podido prescindir de todas las terribles é inútiles tentativas que tanta sangre y tantos dolores le costaron, si hubiera comprendido antes su impotencia para curarse á sí mismo. Ahora cesó ya la fiebre, y el enfermo, que la muerte consideraba como presa suya, fué capaz de curación.

Pero no por eso estaba ya sano. La vergüenza, la confusión, el arrepentimiento, la humillación, la penitencia, no bastaban para salvarle. Sólo cuando la curación está hecha, puede el hombre ver la gravedad del mal y el extremo peligro en que estuvo, advirtiéndose, eso mejor cuanto parece desesperarse de la salvación. Y se cumple la sentencia que la humanidad no olvidó jamás. No se perdona el pecado sin efusión de sangre. ⁽³⁾ El pecado había entregado al hombre á la muerte; sólo por la sangre podía recobrar la vida, porque en la sangre está la vida. ⁽⁴⁾ Pero la sangre de los animales no podía prestar auxilio alguno al hombre moribundo; tampoco podía devolverle la vida la misma sangre humana, estando envenenada como la de toda la humanidad. Sólo una sangre pura y sana, infundida en sus venas, podía darle nueva vida. Pero ¿dónde encontrarla? No ciertamente en la tierra.

He aquí que el Hijo de Dios se levanta del trono de la

(1) Ma^th., VII, 25.

(2) Psalm., CXXII, 1, 4.

(3) Hebr., IX, 22.

(4) Exod., XVII, 11.

eterna gloria. Dadme vuestra sangre, dice; en mis venas la haré inocente y santa; después me la tomaréis, y de nuevo la verteréis en vuestras venas. Y no en vano me habréis invocado.

La humanidad casi no se atrevía á creer aquellas palabras. Apenas consiente alguien en morir por un justo, ⁽¹⁾ y tú quieres morir por nosotros pecadores, tú, el Dios eterno, tú, el amor ultrajado? Nadie manifiesta mejor su caridad que dando la vida por sus amigos; ⁽²⁾ pero nosotros ¿no somos enemigos tuyos?

No obstante, Dios es fiel á su palabra. Precisamente en eso podéis reconocer que no es un hombre el que va á morir por vosotros. Dios es caridad, y ésta no tiene en cuenta la vida, si se trata de salvar á desgraciados. Pecadores ó enemigos, poco importa; basta con que sin mí estaríais perdidos: dadme, pues, vuestra sangre, y veréis de qué es capaz el amor.

Una virgen ofrece tímidamente la sangre de su corazón; y seguramente no habría aceptado ninguna otra. Toma aquella sangre; la santifica en sus venas; la pone en el patíbulo. Semejante á los cuatro ríos del Paraíso, se esparce desde sus heridas por todo el mundo, y la humanidad se salva. El orgullo fué la causa de su caída, la arrogancia de su muerte. Con la humillación comenzó á levantarse; el sacrificio del amor fué su vida.

9. El rescate del pecador.—Una hoja caída del árbol era el antiguo Adán. ⁽³⁾ El árbol de que se desprendió creció antiguamente en el Paraíso.

Sucedió eso al principio de los tiempos. En su deseo insensato, la primera madre, madre de inhumanidad, había deshojado el árbol, y he ahí que yace en tierra privado de todo auxilio el hombre, hoja caída que las ráfagas de viento arrojan de una parte á otra. Van secándose en sus venas

(1) Rom., V, 7.

(2) Juan, XV, 13.

(3) Job., XIII, 25. Homero, *Il.*, VI, 146. Musæus en Clem. Alex., *Strom.*, VI, 2, 5. Cf. Müllach, *Fragm. phil. Græc.*, I, 161.

los jugos nutritivos que antes absorbía en el sagrado suelo del Edén.

Durante muchos siglos, fué juguete de las tempestades, y se hallaba inerme, sin que brillara ante sus ojos la luz de la esperanza. Por fin, una ráfaga benigna depositó aquella hoja en un monte pedregoso. Hay allí una mujer, sumida en el dolor, al pie de un árbol. Pero ese árbol está seco como la muerte, sin hojas, como el árbol del Paraíso desde el día fatal en que la mujer lo había despojado; es el árbol de la Cruz. La vida acaba de luchar con la muerte. La madre de dolores, no pudiendo sufrir el ver agonizante á su Hijo, inclina al suelo la cabeza. Entonces ve á sus pies la pobre hoja muerta; allí la había dejado la feliz ráfaga. En buena hora vienes, le dice, hoja combatida y seca; no en vano estás presente en el instante más amargo de mi vida. Madre de misericordia como es, cogió la hoja, y con temblorosa mano la puso en una grieta del madero de la Cruz. En aquel momento, el moribundo levantó la voz diciendo: Todo está consumado. É inclinó la cabeza. La vida estaba muerta; se esparció por la tierra su sangre; y el árbol de la muerte cobra nueva vida y reverdece. Revive la hoja seca. Quedaba redimido el pecador; había nacido el nuevo Adán.

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el cuarto tomo de la *Apología del Cristianismo*, escrito en alemán por el PADRE ALBERTO MARÍA WEISS, y traducido al castellano por EUGENIO GONZÁLEZ MIR, mediante que de Nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final del tomo, y entréguese dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 26 de Setiembre de 1905.

El Vicario General,
RICARDO, *Obispo de Eudovia.*

Por mandado de Su Señoría,
LIC. MANUEL FERNÁNDEZ, *Pbro.,*
Scrío., Can.